

la misma familia contra la moral y el derecho, y donde son necesarios por consiguiente un veredugo y todos sus instrumentos de opresión y suplicio para conservar su prepotencia?²⁸

Por supuesto, Tanco no intenta penetrar en el mundo interior de los esclavos, no podemos conocer las reacciones de Petrona o de Rosalía cuando se ven sometidas a hechos y actitudes que revelan la insensibilidad moral de sus dueños. Partiendo del punto de vista del blanco dominador, no es de extrañar que Tanco caiga en prejuicios raciales, como por ejemplo cuando menciona la fortaleza física del esclavo (en este caso Petrona), que le permite soportar los más duros trabajos. Porque el autor descubre los terribles efectos del sistema esclavista, pero no intenta trazar el perfil psicológico de los esclavos que están presentados en este relato —como en muchos otros— en una forma simple, elemental, meros elementos pasivos en ese gran engranaje social. No obstante, Tanco revela la quiebra moral de los esclavistas aun entre ellos mismos cuando da a conocer los amores adulterinos de doña Concepción, la madre del «niño» Fernando. Los novelistas posteriores —ni Suárez ni Villaverde— llegaron a tanto con personajes semejantes, como la señora Mendizábal, el primero, o doña Rosa Sandoval, el segundo. En ellos, la madre blanca esclavista, que tiene similar actitud ambivalente ante sus esclavos, moviéndose entre la dureza y la clemencia, que mimaba a sus hijos varones que remedan las actividades clandestinas de sus progenitores, no contraviene los «sagrados» juramentos del matrimonio, como sí lo hace la madre del «niño» Fernando en el relato de Félix Tanco.

De los otros dos relatos que formaban parte de las *Escenas de la vida privada en la isla de Cuba*, sólo sabemos lo que el propio Tanco cuenta a del Monte en sus cartas. Su proyecto incluía observaciones sobre las distintas clases sociales. Le informaba a del Monte:

La aristocracia es la que paga el pato en *Petrona y Rosalía*, y la clase media en *El hombre misterioso*, que es el título del segundo cuento. Todos salen bien zurrados y expuestos a la vergüenza pública: verás en *El hombre misterioso* cómo pinto a nuestros curas de campo.²⁹

Debemos tener en cuenta esta apreciación en cuanto al clero de la época a que se refiere Tanco. En las novelas antiesclavistas cubanas no asoma en ningún momento una destacada posición anticlerical, salvo muy levemente en *Romualdo; uno de tantos* (1881), de Francisco Calcagno (1827-1903). La incidencia en esta actitud hubiera podido corresponder al anticlericalismo de que hace gala Tanco en sus cartas y en su folleto *Los jesuitas de La Habana*, que escribió en 1862.³⁰ Sobre el otro cuento ofrece igualmente datos muy escuetos. A él se refiere una carta a del Monte fechada el 4 de septiembre de 1838:

Tengo en quilla otro cuento más, *Historia de Francisco*. Esta historia es la de un negrito de 12 años sacado del barracón cuando los barracones estaban en el frente de la alameda y se hacía libremente el comercio de Africa. Con el negrito Francisco voy a meterme en todos los rincones

²⁸ *Revista Cuba Contemporánea*, cit. (24). Puede leerse *Petrona y Rosalía en Cuentos cubanos del siglo XIX*, sel. y pról. de Salvador Bueno. La Habana, Editorial Arte y Literatura, 1975.

²⁹ Centón..., cit. (5), p. 113.

³⁰ Cit. por Manuel I. Mesa Rodríguez en prólogo a Centón..., cit. (5), p. vii.

de las casas desde el palacio hasta el bohío y todo lo he de sacar a la pública expectación —o a la vergüenza pública—. ³¹

Al año siguiente, le hacía saber a del Monte que había variado el título de estas narraciones:

El niño Fernando, en lugar de *Petrona y Rosalía*; *El cura*, en lugar de *El hombre misterioso*; *El lucumí*, en lugar de *Francisco*. Todas están retocadas y compuestas [...] Tengo ya en la idea otra novela que será larga y que tendrá por título *Los bandoleros*. En este cuento entrará la pintura del foro, la suerte de la clase blanca pobre de la isla, la conducta del gobierno, etc., etc... ³²

Durante los años siguientes siguió trabajando en ellos, según confiaba a del Monte. Cuando la condesa de Merlin —la escritora habanera de expresión francesa María Mercedes de Santa Cruz (1789-1852)— visitó La Habana en 1840, leyó los relatos de Tanco y éste le agradecía a del Monte que obsequiara con una copia de ellos a «tan alto personaje» antes que regresase a París. ³³

Desde noviembre de 1838, los contertulios de del Monte comienzan a comentar la novela *Francisco*, de Anselmo Suárez y Romero. Ya el 15 de marzo de 1839 el propio Suárez, que acababa de rebasar los veinte años, le escribía a don Domingo desde el ingenio Surinam (Güines), en donde seguía trabajando en los capítulos de su novela:

... desde que V. me encargó una novela donde los sucesos fueran entre blancos y negros, y desde que la comencé, me ha entrado tal afición a observar los excesos de aquéllos y los padecimientos de los segundos, tal gusto por estudiar las costumbres que nacen de la esclavitud, costumbres raras y variadas a lo infinito, que no me pesa, antes me agrada mi estancia aquí para acopiar noticias y tela con que poder escribir algún día otra novela por el estilo de la del *Ingenio* o *Las delicias del campo*. ³⁴

En noviembre del año anterior, el poeta Milanés, desde Matanzas, comentaba a del Monte la lectura que había hecho del capítulo primero de la novela, a la que daba el título de *Francisco*. Por las cartas de Suárez sabemos que al mismo tiempo que escribía los capítulos de su novela, que pasaba a su amigo José Zacarías González del Valle (1820-1850), quien los copiaba y corregía, él mismo a su vez copiaba y corregía el manuscrito de la autobiografía de Manzano para entregar a Madden. No es de extrañar, por tanto, los contactos que existen entre ambas obras. Sin embargo, *Francisco*, llevada por el cónsul inglés a Londres, no fue publicada por él y sólo pudo editarse muchos años después en New York (1880), dos años después de la muerte de su autor. Suárez publicó su *Colección de artículos* en 1859; quiso incluir en dicho volumen fragmentos de su novela, pero la censura lo impidió. Sin embargo, *Francisco* circuló manuscrita durante mucho tiempo. Diversos intelectuales cubanos la conocieron en esta forma. Antonio Zambrana (1846-1922) escribió en Chile (1875) la novela *El negro Francisco*, mientras actuaba en la República del Pacífico como agente de propaganda de la causa independentista cubana. La novela fue publicada en Santiago de Chile ese mismo año. En ella el autor reconoce su deuda con la obra de Suárez y Romero, a quien escuchó

³¹ Centon..., *cit.* (5), p. 116.

³² *Ibid.*, p. 134.

³³ *Ibid.*, p. 149.

³⁴ Centón..., t. IV. *La Habana, Academia de la Historia de Cuba*, 1930, p. 38.

la lectura de algunos pasajes en la tertulia que mantenía en La Habana su tío, Ramón Zambrana, en 1862.³⁵

La lectura de *Francisco*, no obstante su endeble estructura y desarrollo, descubre riquezas insospechadas. La historia de Francisco, esclavo de nación, es decir, nacido en Africa, calesero de la señora Mendizábal, alto y de hermosa prestancia, y de sus infortunados amores con la mulata criolla Dorotea —igualmente esclava de dicha señora, quien la consideraba como un bello adorno de su casa—, frustrados por la caprichosa oposición de su dueña, que no les permitió contraer matrimonio, y por la intervención del «niño» Ricardo, hijo de dicha señora, hermano de leche de la mulata, a la que pretendió convertir en su concubina y persuadió a su madre de la maligna condición de Francisco, quien fue llevado al ingenio y maltratado sin compasión por el mayoral don Antonio, conquista evidentemente un carácter melodramático y folletinesco de la más trillada ejecución. Analizada con cuidado por los contertulios de del Monte —como podemos comprobar en el *Centón Epistolario*— ha sido estudiada con igual penetración con motivo de las recientes reediciones. Pero observamos que se pasa por alto la índole documental que posee esencialmente esta obra que Suárez escribió «con el candor y el desaliño de un joven sin conocimiento de ninguna especie». Objeciones y reproches olvidan que ésta es una obra de encargo, compuesta con un objetivo muy preciso. La novela exige ser analizada con la misma óptica con que fue escrita. En la «Advertencia» que escribió Suárez en 1875, que se halla al frente de su obra, dice:

Suelo reírme de mil palabras y giros mal usados y de multitud de redundancias y repeticiones enfadosas; pero en cuanto contemplo a Dorotea y a Francisco, víctimas de una institución horrenda, pienso que la crítica literaria más severa habrá de ahogar sus censuras para compadecer a aquellos dos esclavos desventurados, juntando su llanto con el mío. Es el triunfo que me enorgullecerá.³⁶

Francisco, a la que del Monte dio el irónico título *El ingenio o las delicias del campo*, está emparentada con el género testimonial, responde al objetivo de mostrar —y lo hace mejor que cualquier otro documento de la época— las condiciones de vida de los esclavos domésticos y de los esclavos en los ingenios de azúcar. Acerca de estas plantaciones ofrece testimonios llenos de pormenores sobre la producción de azúcar en las primeras décadas del siglo XIX: la organización del trabajo que realizaban los esclavos, tanto en la época de la seca como en los meses de lluvia; la atención médica que recibían, y la instrucción religiosa; sus fiestas, velorios y cantos que entonaban durante el trabajo y en sus escasas horas de descanso; los diversos tipos de castigos que les eran infligidos, con multitud de otros datos e informaciones. Despréndese de la novela todos los mecanismos coercitivos que utilizaban los esclavistas. Para ellos:

Con los negros no valen condescendencias; se pierden sin remedio, y los amos son los que pagan el pato; desuéllelos usted vivos, tráelos usted a la baqueta, a patadas, a palos, como a los mulos y a los perros y será bien servido, andarán más listos que un lince.³⁷

³⁵ Antonio Zambrana: El negro Francisco. *La Habana*, P. Fernández y Cía, 1953, p. 164.

³⁶ Anselmo Suárez Romero: *Advertencia*. En: Francisco, *La Habana*, Editorial Arte y Literatura, 1972.

³⁷ Anselmo Suárez Romero: *ob. cit.* (36), p. 57.